

a abandonar su actual estado. Significa también que se trata de una *superación de sí* [...], pero que simultáneamente el movimiento de renuncia originado en tal deseo no implica jamás una *abdicación de sí* ni una negación aniquilante de su entorno [...], [es decir,] que la aspiración utópica no persigue hacer desaparecer el *allí*, el *ubi* del espacio terrenal [...], sino que busca una realización intramundana del renacimiento ansiado" (p. 208). El pensamiento nietzscheano se movería entonces entre una apelación al cambio catastrófico y una afirmación de lo finito y mundano como ámbito de realización del mismo. De allí que el autor entienda que, a pesar de las cercanías terminológicas del último Nietzsche con una retórica del aniquilamiento y el holocausto, "el ofrecimiento de un proyecto de autosuperación de la condición propia como extinción catastrófica de la historia del nihilismo, no parece identificarse en ningún momento con los efectos de una fuerza político-bélica cuyo designio pudiese encontrarse marcado por la *devastación de la política* en el Occidente europeo" (p. 209).

Con esta cita se cierra conceptualmente el libro. Si el autor se había propuesto, como se ha dicho más arriba, desnaturalizar el vínculo entre Nietzsche y el nazismo, esta última referencia concluye la tarea. Ahora bien, poco le queda al lector si en el libro sólo se afirma que Nietzsche no fue un precursor del nazismo, porque el hecho de que algunas de sus ideas puedan ser leídas en esa dirección no impugna ni tales ideas ni otras que difícilmente pudieran haberlo sido. De allí que no se realice aquí una evaluación del éxito o fracaso de la exposición. Por otra parte, de la apropiación de un pensamiento poco importa la verdad o falsedad, en todo caso siempre es más enriquecedor estudiar la articulación de dicha apropiación o, desde una perspectiva más histórica, los motivos. Sin embargo, Portales no sólo se ocupa de Nietzsche, sino que, a través de él, busca desarrollar también una reflexión acerca del vínculo entre filosofía y catástrofe. Lo que sucede es que dicha reflexión no adquiere nunca un carácter autónomo. La tarea de eximir a Nietzsche de cargo y culpa en los acontecimientos que desembocaron en el holocausto empaña permanentemente esta otra línea de pensamiento que aparece intermitentemente a lo largo del libro. De modo que, finalmente, el libro otorga como saldo final una bien documentada defensa de Nietzsche que, sin

embargo, por su afán apologético ahoga ideas e inquietudes que el autor deja entrever, pero que no llega a desarrollar.

Rodrigo Páez Canosa

*Sileno. Variaciones sobre arte y pensamiento*, Madrid, Identificación y Desarrollo S.L., volumen 8, septiembre 2000, 67 pp.

Editan esta revista Juan Barja, Félix Duque y Joaquín Gallego. Los artículos del volumen reseñado —se titula *Friedrich Nietzsche*— cubren distintos aspectos de la obra nietzscheana y ensayan diversos ángulos de interpretación.

En el artículo inicial, "Retrogriego, apátrida, proeuropeo" (pp. 7-23), Félix Duque analiza a Nietzsche como pensador intempestivo, que en su obra temprana aspira al renacer del espíritu y el mito alemán a partir del dionisismo clásico y la música de Wagner, luego reniega de la tierra de su nacimiento por haber sido ésta convertida en *Vaterland* y vive a la intemperie, pasando de largo por ciudades mientras sueña con una Europa fuerte. El autor ensaya una propuesta de lectura de la gran política y los señores de la tierra.

También Christoph Jamme parte de *El nacimiento de la tragedia* y la esperanza de Nietzsche acerca de un renacer del mito a partir de la música de Wagner. En "Nietzsche y el mito" (traducción de Mercedes Sarabia, pp. 24-28) opone al reproche de Habermas de que Nietzsche cae irreflexivamente en el mito el señalamiento de que *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* plantea una filosofía del lenguaje fundamentada de manera retórica, lo cual impide que el lenguaje sea el medio de expresión de la verdad y deshace toda posibilidad de un refugio en los mitos, porque el mito es retórico. También observa Jamme que hay en Nietzsche un programa de destrucción de todos los mitos enmarcado en una crítica de la metafísica a partir de *Humano, demasiado humano*, en donde también queda decidida la ruptura con Wagner. Deja hacia el final el interrogante de si los desarrollos tardíos de Nietzsche sobre la voluntad de poder y el ultrahombre pretenden propagar un nuevo mito o simplemente ofrecen una forma de interpretar el mundo.

El artículo “Un mar de sonrisas infinitas” de Remedios Ávila Crespo (pp. 29-37) analiza la lectura heideggeriana de Nietzsche, marcando aspectos del pensador que son ignorados por la interpretación de Heidegger, y señalando las desavenencias que asoman incluso en las afinidades entre los dos filósofos, como la denuncia del nihilismo, el valor concedido al arte y la recomendación de volver a los griegos. El acento está puesto en la risa como elemento que al ser rescatado y reivindicado por Nietzsche lo distancia singularmente del filósofo que lo recluye en el último estadio de la historia de la metafísica. Zarathustra ha santificado la risa, y en ello la autora encuentra “el ‘punto ciego’ de la reflexión de Heidegger”, que no reconoce en sus escritos la ligereza de la risa y la alegría como antídoto contra el nihilismo (p. 29).

Günther Wohlfart se ocupa en “La muerte del yo” (traducción de Mercedes Sarabia, pp. 38-44) del ataque de Nietzsche contra el carácter subjetivista de la filosofía moderna. El yo no es un sustrato, como había indicado Descartes, sino una pluralidad móvil. El yo único subyacente es según Nietzsche algo pensado para aunar una pluralidad de sucesos, una mera formulación de nuestros hábitos gramaticales que asignan a una acción un autor. En Nietzsche el yo se ha transformado en ficción, en fábula. Se trata de una construcción del pensamiento, igual que “cosa”, “materia”, “sustancia”, una ficción regulativa con la que se inventa una suerte de consistencia y cognoscibilidad en un mundo en devenir. Hacia el final del artículo Wohlfart presenta algunas conjeturas que parten del análisis nietzscheano del yo y lo atraviesan con el pensar de Wittgenstein, particularmente en torno a la categoría del juego.

Pascal David, autor de “Nietzsche y el ateísmo” (traducción de Félix Duque, pp. 45-52), propone una concepción del ateísmo no como doctrina, sino como situación y destino. Tras demorarse preliminarmente en las nociones nietzscheanas de fiesta –el paganismo por excelencia– y crueldad –vivir es ser cruel con lo que envejece y quiere morir en nosotros–, David aborda la pregunta “¿en qué sentido es Nietzsche ateo, si es que lo es?” a partir del anuncio de la muerte de Dios (p. 48). Señala la particularidad del ateísmo de Nietzsche, que molesta tanto a los cristianos, para quienes Dios es inmortal, cuanto a los ateos, para quienes Dios no puede morir porque nunca existió. A

través de una lectura de Pascal, el autor se aventura a proponer a Nietzsche como “ateo que busca” (p. 50), e insiste en la interpretación de la noción de ateo en el sentido griego de *átbeos* –como privado de lo divino–, de manera que el ateo no se defina por una doctrina sino por una situación.

Las reflexiones del artículo “Crítica de la verdad y de la mentira puras” (pp. 53-60), firmado por Juan Luis Vermal, giran en torno a *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, y marcan como cuestión central el señalamiento nietzscheano de que en el pensamiento y el lenguaje no se da la revelación de lo que es. Para Nietzsche ya no se puede establecer conexión alguna con un mundo en sí, y el propio pensar se convierte en una mediación posible dentro de un mundo con diferentes perspectivas no totalizables. Observa Vermal que de este modo Nietzsche socava la idea misma de la verdad. La comprensión transformada de la verdad alcanza para el autor sus mayores repercusiones con la concepción de la voluntad de poder, o la versión nietzscheana del devenir como “centros de poder que son estructuras cambiantes y perspectivistas definidas siempre de modo diferencial” (p. 56). Vermal se pregunta si esto no implica una cierta vuelta a la metafísica que aunque no conlleva una totalización única (porque no hay una única perspectiva que pueda ser englobante) involucra una unidad lógica que absorbe la diferencia que se pretendía rescatar en primer lugar. Sospecha que una verdad que no es manifestación puede quedar reducida a la constitución de un sujeto, y sugiere que tal vez la recuperación de la dimensión de mostración del ser –que hace de los (siempre cambiantes) sujetos una respuesta– puede ser importante, no como institución de un nuevo objetivismo sino como rescate de una apertura y un dejar llegar a sí lo que es.

En el artículo final de este número de *Sileno*, “El escarnio de Dios: ¿quién muere?” (pp. 61-67), Isidro Herrera contrasta, por un lado, la actitud del filósofo que dice guardar silencio sobre sí mismo como garantía de la imparcialidad de una obra que se pretende pura investigación científica y desinteresada búsqueda de la verdad, y por el otro la actitud de Nietzsche, que sabe que cualquier escritura habla sobre quien escribe e incluso nunca hace otra cosa. Herrera analiza el uso particular del término “nosotros” en Nietzsche como un “nosotros”

al que nadie realmente pertenece –“nosotros” los apátridas, los sin presente, los hijos del porvenir– y examina la expresión “llegar a ser lo que se es”, rechazando la idea del ser como meta o finalidad en que debe desembocar el devenir, o instante privilegiado en que se recoge el fruto de la existencia. Para el autor la frase afirma la unidad de ser y devenir, y de este modo refuta la supuesta servidumbre del devenir respecto del ser. Herrera recorre en este artículo el juego de identidades que Nietzsche despliega en *Ecce homo*, la creación de dobles y de imágenes reflejadas –su padre, su madre, Cristo, Dionisos– con las que se cuenta su vida a sí mismo.

El interesante manejo del espacio en las páginas de la revista incluye citas en los márgenes que permiten ir y venir entre ellas y el texto principal en un sugerente juego de remisiones.

Mariana Sanjurjo

Vattimo, Gianni, *Diálogo con Nietzsche*, traducción española de Carmen Revilla, Buenos Aires, Paidós, 2002, 306 pp.

¿Es la obra de Nietzsche un síntoma a interpretar en tanto objeto, ella misma, de una *Kulturkritik* o es más bien una propuesta con la que dialogar y cuyo diálogo es posible en virtud de las perspectivas interpretativas que abre su pensamiento en tanto alternativa y proyecto de superación de la metafísica? Un diálogo con Nietzsche es ante todo un diálogo entre interpretaciones, y es ésta la idea que da unión a los quince ensayos que constituyen el libro de Vattimo y que reflejan el trabajo de cuarenta años (1961-2000), entre los cuales hay desde prólogos a obras de Nietzsche publicadas en italiano hasta ensayos, conferencias e intervenciones en congresos publicados en revistas italianas y extranjeras donde, una y otra vez, el autor discute con los intérpretes de Nietzsche. No es casual que el *diálogo* se inicie en el mismo año en que es publicado el *Nietzsche* de Heidegger, pues, en efecto, es éste el interlocutor casi permanente del autor y resulta muy interesante observar los acercamientos y distanciamientos respecto de Heidegger que Vattimo lleva a cabo desde sus primeros artículos hasta

los más recientes, en los cuales puede notarse una actitud más crítica, especialmente en su “Nietzsche, intérprete de Heidegger”, donde el significado de la filosofía heideggeriana es captado a través de Nietzsche y “justamente para ser fieles a las intenciones más auténticas de Heidegger hay que traicionarlo en la interpretación de Nietzsche” (p. 271).

En los primeros tres ensayos, trabajando fundamentalmente en los textos del Nietzsche de la segunda de las *Consideraciones intempestivas*, Vattimo desarrolla el problema de la temporalidad directamente relacionado con el problema del conocimiento histórico, ya que la “enfermedad histórica” que constituye el exceso de estudios y conocimientos del pasado ha paralizado al hombre impidiéndole crear algo nuevo, perdiendo la confianza en sí mismo. La relación con el pasado aparece como un tema de suma importancia para la cuestión del nihilismo. La solución debe encontrarse en la acción, en tanto ésta exige el olvido o cierto modo de suspensión de la conciencia histórica. No actuar cargando con el pasado sino dejarlo constituirse sólo en la medida en que sirve a la acción misma. La liberación transforma el “así fue” en “así quise que fuese”, pero el no poder querer hacia atrás desarrolla una impotencia respecto al pasado, el “espíritu de venganza”, imposibilidad de crear. La impotencia frente al “así fue” no es otra cosa que un producto de las leyes inmutables de Dios, la estructura estable de la verdad, lo que no puede transformarse, el pasado. El instante, desarrollado en la tercera parte del *Así habló Zarathustra* en “De la visión y del enigma”, nos da la clave para entender que el pasado y el futuro están soldados por el momento de la decisión en tanto rompe la estructura rectilínea del tiempo abriendo una relación inmediata con la eternidad. El instante arrastra consigo todo el futuro y todo el pasado, y hace que el centro esté en todas partes. Asimismo, la verdad como adecuación de la proposición al dato se revela ella misma una producción histórica, debiéndose realizar con ella lo que en el cuarto ensayo del libro (“La filosofía como ejercicio ontológico”) se llama una “desmitificación radical”. Toda filosofía es entonces un juego de máscaras en las que nunca se halla un “fondo de verdad”. La filosofía asumida así es un permanente desenmascaramiento, y es en esto en lo que Heidegger y Nietzsche tienen una gran afinidad, el pensamiento del abismo más allá de cualquier fundamento. Nietzsche